

presentándoselos al duque de Saboya, diciéndole que son católicos: estos diputados abjuran sus errores en nombre de todos los valles, y Possevino regresa con ellos para consolidar la obra que tan afortunadamente había comenzado.

La universidad de Paris, como la de Lovaina, agotaban todos los recursos de las rencillas escolásticas para desembarazarse de la concurrencia de los Jesuitas, oponiéndose la última á la admision de la Compañía en los Países Bajos. Los reyes y los pueblos aceptaban la Sociedad, al paso que la rechazaban las universidades: los primeros conocian la necesidad de una educacion mas adaptada á las costumbres modernas y mas en relacion con las ciencias, cuyo influjo se difundia por todas partes, en tanto que las universidades, que únicamente siguen á gran distancia el movimiento de las ideas, y que establecidas bajo unas basas que ellas mismas caracterizan de indestructibles, no piensan en transformarse siguiendo la marcha de las generaciones, eran, repito, las únicas que declaraban la guerra á la Sociedad naciente, que las lanzaba á su decadencia, puesto que no exigía recompensa alguna, é introducía en su seno la confusion por el paralelo que todos se veían obligados á hacer. La universidad belga, que se veía amenazada como su hermana la de Paris, empleó los mismos medios de defensa.

Los principios de la Compañía de Jesús en el Brabante, como ya hemos dicho, habían sido bastante humildes; la ciudad y los magistrados de Tournai la habían ofrecido un colegio á que se agregaba otro que poseían en Lovaina; pero los manejos de la universidad habían hecho su posicion bastante precaria, puesto que se hallaban ambos colegios privados de adquirir y poseer sin la autorizacion del Consejo, que parecia adoptar en sus juicios la misma marcha que el parlamento de Paris.

Hacia fines de 1560, uno de los miembros de esta corporacion política legó una casa á los Jesuitas, en la que desde su fundacion se han sostenido de limosnas, instruyendo á los niños, y combatiendo la herejía.

El pueblo de Lovaina, tan afecto en la actualidad al catolicismo, se hallaba á la sazón dividido en sus creencias, y podia entregarse en brazos de la herejía, si una voluntad resuelta y enérgica no detenía sus pasos en la pendiente del abismo; su gobierno, miserable amalgama de aristocracia, monarquía y democra-

cia, colocaba la libertad en primera línea: desde la conquista de los romanos<sup>1</sup> hasta la época de Felipe II, se habían mostrado indómitos los belgas respecto á sus franquicias provinciales y á sus derechos concejiles: podían vencerlos, imponerles contribuciones y darles reyes, á quienes obedecían sin amarlos, mas era preciso que estos soberanos respetasen los privilegios que había consagrado el tiempo. Todas estas majestades transitorias no se habían hallado dispuestas á decirles, como Carlos el Temerario: «Sois<sup>2</sup> muy obstinados los flamencos, pues habeis despreciado ó aborrecido siempre á vuestros príncipes, segun que se han ostentado débiles ó poderosos; ¡ pues bien! prefiero ser aborrecido de «vosotros.» La archiduquesa Margarita de Austria, sagaz é inteligente como todas las mujeres, conocía que era impolítico colocarse en oposicion abierta con los Estados de Brabante, respecto á una cuestion que suscitaria mil dificultades religiosas, de modo, que aunque obedecieron aquellos, fue con tan mala gracia, que su autorizacion apareció mas bien una exclusion.

Prohibíase á la Sociedad la adquisicion de un colegio en la ciudad de Lovaina, cuya universidad esperaba haber salido victoriosa, lisonjeándose con que los Padres no aceptarían sus condiciones; pero se engañó en sus cálculos, pues los Jesuitas confiaron en la razon pública y en la justicia del Rey, y se sometieron á todo lo que quisieron exigir de ellos. En 1564 les otorgó Felipe, á pesar de la oposicion de aquel claustro, la facultad de vivir en todo el Brabante con arreglo á su Instituto. Púsose, sin embargo, una cláusula especial á la promulgacion de esta acta, declarando<sup>3</sup>: «Que no podrían mezclarse en el ejercicio de ninguna «funcion pastoral, sin conocimiento y facultad, así de los curas «como de los obispos y demás ordinarios, á quienes pertenece de «derecho la autoridad.»

En Tréveris, Amberes, Maguncia, Colonia, Cambrai y Dinant, sucedían las cosas de un modo muy distinto que en Lovaina, puesto que se fundaron varios establecimientos y colegios, llegando á mostrarse tan florecientes en 1564, que en esta época formaban ya dos provincias de la Orden, siendo el P. Antonio

<sup>1</sup> Anales de Tácito, lib. IV.

<sup>2</sup> Esta arenga pronunciada en mayo de 1470, se conserva en los archivos de la ciudad de Iprès.

<sup>3</sup> Vanespen, *Jus eccles. univ.* part. I. tit. III, cap. VII.



Winck provincial de la Alemania superior, y el P. Everardo Mercurian de la inferior.

Canisio por su parte no cedia un punto en sus tareas apostólicas; desde la dieta de Worms á donde le habia enviado Fernando, emperador de Alemania, en compañía del P. Gaudan, pasó á Estrasburgo llamado por Erasmo de Limburgo, obispo de esta ciudad, para que se opusiese á los progresos de la herejía. Deseaba este Prelado fundar en su diócesis una casa para la Compañía, que venia á ser á sus ojos el medio mas eficaz de preservarla de los errores: el Jesuita renueva sus antiguos triunfos en este nuevo campo de batalla; introduce la reforma en el palacio del obispo, y valiéndose del derecho que le asiste para predicar á la multitud, habla con tanta unción y autoridad á los jóvenes que acudian á Estrasburgo de todos los puntos de Alemania, que infundió un nuevo valor á los Católicos, cuyo número disminuía de cada día.

De Estrasburgo pasa á consolar á los fieles de Dillingen, y por orden del Papa acompaña á Polonia al legado apostólico Camilo Mentuat, obispo de Satriano, que iba á asistir á una dieta convocada en Petrikaw, donde temiendo la Santa Sede que emprendiesen los novadores alguna cosa en perjuicio de la Religion, habia por lo mismo designado á Canisio y á Gerardo para hacerles frente.

Ocupaba á la sazón el trono de Polonia Segismundo, príncipe sin voluntad, de ánimo débil, pero que poseia todas las virtudes privadas que caracterizan la hombría de bien; no poseia bastante energía en su carácter para oponerse á las usurpaciones del protestantismo; veia el mal y le conocia, pero no osaba cauterizarle. El emperador Fernando, con cuya hija se habia enlazado, conocia la irresolucion de su yerno y así se lo habia hecho conocer á Canisio, en varias entrevistas que con él tuvo antes de su partida.

La apatía del Soberano en medio de tantos partidos como agitaban á la Polonia, habia comunicado á los sectarios un ascendiente inmenso, que supieron explotar en favor suyo. Las leyes fundamentales del reino, su manera de elegir al que habia de ocupar el trono, y los disturbios que la eleccion del príncipe acarrea, todo esto reunido les ofrecia ventajas incalculables. El clero secular, que no se creyó con bastantes fuerzas para hacerles frente, acusó á la corte, y esta á su vez hizo recaer su acusacion

sobre aquel. Estas acriminaciones eran lanzadas con tanta justicia contra el Monarca como contra el clero; mas, no era lo mas prudente proceder por estos medios contra los herejes, cuya causa defendia con valor el príncipe Radzivil, como así se lo hizo comprender Canisio al obispo y universidad de Cracovia, como tambien á Nicolás Diegouviski, primado del reino y arzobispo de Gnesen.

Se hallaban los ánimos tan poco dispuestos á aceptar la paz, y podia la dieta determinar una escision tan completa con la Iglesia romana, que temiéndoselo el Papa, habia comisionado á Canisio para que conjurase la tormenta que veia muy próxima. Mostróse el Jesuita, sin embargo, digno de la confianza de la Santa Sede y de Laynez, y usó varias veces de la palabra en esta asamblea, pasando en silencio los agravios políticos que tenian armados á todos los partidos, para no hablar sino de la cuestion que mas importaba. ¿Podian acaso los polacos renunciar á la religion de sus mayores? Dilucidóla el Jesuita con tanta elocuencia, aludiendo á las desgracias que experimentaria el país en caso de realizarse esta separacion, que resolvieron de comun concierto que no pasarían á tolerar ninguna especie de innovacion; empeñándose el mismo Rey á no permitir modificacion alguna en los derechos episcopales, como lo exigian los sectarios, en clase de compensacion á los servicios que se jactaban de prestar al interés general de los pueblos.

Los prósperos sucesos del Padre en la dieta de Petrikaw debian suscitarle los odios y las venganzas, á que dió un nuevo pábulo á su regreso. Esteban Agrícola, discípulo y amigo de Melancton, que insinuándose en los corazones por medio de la afabilidad de su carácter y la dulzura de sus discursos, habia granjeado mas prosélitos á la Reforma que las sarcásticas diatribas de Lutero, ó el furor hipócrita de Calvino, manifestó deseos de conocer á un hombre que tan popular se habia hecho entre los Católicos, y tan odioso á los enemigos de la Iglesia. Avistóse con él en efecto, y le propuso las dudas que abrigaba en su corazón; el Jesuita iluminó bien pronto su entendimiento, y el ministro del error se honró sobremanera con el carácter de discípulo ferviente de los Padres. Esta conversion duplicó el enojo y la rabia de los Luteranos contra la Compañía de Jesús, y en especial contra Canisio, que escribió desde Ausburgo al general Laynez:



«Bendito sea el Señor, que se digna otorgar una celebridad «inmensa á sus siervos por el odio que les demuestran los herejes en Polonia, Alemania y Bohemia, esforzándose en infamar «mi reputacion por medio de las mas atroces calumnias, y haciendo el mismo favor á los demás Padres. Quizás pasen bien «pronto de las amenazas á las obras y á cosas mas crueles. ¡Quiera Dios que nos demos prisa á ostentarles una caridad tanto mas «ilimitada, cuanto mayor sea su conato para desacreditarnos! Es «verdad que son nuestros perseguidores, pero tampoco lo es menos que son hermanos nuestros, y que debemos amarlos, recordando el amor de Jesucristo que derramó su sangre por ellos, y «que acaso pequen por ignorancia.»

Canisio escribía esta carta desde Ausburgo el dia antes de la apertura de la dieta, que se celebró en esta ciudad, y á la que asistió en clase de teólogo del Emperador.

El cardenal Estanislao Osio, obispo de Warmia, con cuya amistad se honraba el Jesuita, fue nombrado por la Santa Sede para desempeñar las funciones de su legado apostólico cerca del emperador Fernando; y queriendo que Canisio le acompañase en esta legacion, que tenia por objeto la reconciliacion del imperio germánico con la corte de Roma, le comunicó sus deseos, á que accediendo el Jesuita marcharon ambos á Viena, donde después de haber conseguido sus planes de reconciliacion, y haber correspondido este último al afecto que le manifestaba el duque Alberto de Baviera, regresó á Ausburgo, de cuya ciudad formó el centro de operaciones, difundiendo los efectos de su apostolado por todos los ángulos de Alemania.

Por los años de 1562 hallábase la Suabia vacilante en la fe, y habia echado el mal tan profundas raíces, que alarmado Jorge Issung, gobernador de esta provincia, apela al celo y caridad de Canisio, instándole á que socorriese á aquellas poblaciones: el teólogo de los reyes, el orador de los obispos y el maestro de las universidades, accede sin demora á una invitacion que para él era un precepto; predica en las aldeas y cabañas, y no se desdena de hacerse el misionero de aquellos aldeanos, quienes reconocidos por su parte á tamaño beneficio, aceptan con júbilo el yugo del Evangelio: habíalos encontrado sumidos en el embrutecimiento y llenos de prevenciones contra la Iglesia, y los dejó sumisos y arrepentidos.

Bien merecian tan prolongadas fatigas una recompensa proporcionada aun en la tierra; Canisio únicamente podia aspirar á una que satisfizo al momento el cardenal de Ausburgo, confiando á los Padres la universidad de Dillingen, y expresándose del modo siguiente en el acta de donacion:

«Lo que nos ha impulsado mas particularmente á practicar esta buena obra, es la estrecha amistad que nos une hace ya mucho tiempo con el P. Canisio, doctor afamado por su eminente «piedad, su vasto talento, y los frutos innumerables que ha producido en mi diócesis de Ausburgo, ora convirtiendo á los herejes, ora alentando la fe casi extingida de los católicos, como «ejerciendo toda especie de obras buenas, aplicándose á su ejecución con un celo infatigable y con un éxito indescriptible.»

Desde las conferencias de Poissy Laynez se habia trasladado á Trento, donde, como vimos antes, tan útil habia sido su elocuencia á la Iglesia universal y á la Sede apostólica. El General de la Compañía volvió, en fin, á Roma, pero sin fuerzas. El trabajo habia agotado en él las fuentes de la vida, y sin embargo no estaban terminados aun todos sus combates: faltábale sostener otros muy recios. Por un encadenamiento de hechos y de victorias, de las cuales solo es posible dar una rápida ojeada, los Jesuitas se habian colocado en el centro de la Europa, desde el cual luchaban con tanta constancia como destreza contra los sectarios y contra los sacerdotes sin fe y sin costumbres. Lo que Possevino, Pelletier, Manare, Auger, Salmeron, Bobadilla, Araoz, Francisco de Borja y Canisio, emprendian ó llevaban á cabo en Italia, Francia, España y Alemania, otros Jesuitas lo realizaban en diferentes puntos. Su nombre no brillaba acaso tanto, pero los efectos de sus lecciones eran por todas partes los mismos. El triunfo de la Orden de Jesús se hacia inseparable del de la Religion. Aquella habia defendido la Iglesia contra las calumnias de los sectarios y de los malos sacerdotes; al paso que ganaba nuevos mundos á la Cruz, por las conquistas de sus misionistas: la Iglesia cejó un momento, cuando á su vez tuvo que salir fiadora por sus defensores.

La Santa Sede habia enviado á Irlanda á Pasquier-Brouet y Salmeron, cuya embajada la produjo resultados satisfactorios; por lo que en 1560 volvió á exigir á la Compañía otro de sus individuos para que pasase á sostener la fe de este pueblo, tanto mas



católico, cuanto mas perseguido, siendo designado por Laynez el Jesuita irlandés David Wolf, quien revestido con el carácter de nuncio apostólico, se puso sin demora en camino para su patria. Pasados tres años de miseria y de privaciones, de apostolado y de toda clase de consuelos piadosos, pidió el Legado un refuerzo, y le agregaron sin perder tiempo los PP. Edmundo y Guillermo Good, irlandés el primero, é inglés el segundo, quienes compartieron en seguida las tareas y sufrimientos de Wolf. En la misma época recibió el P. Tomás Chinge una mision secreta para Inglaterra, en que reinaba Isabel, siendo por esta misma razon una sentencia de muerte la comision del Jesuita. Isabel<sup>1</sup>, impulsada por el ejemplo de Enrique VIII, su padre, castigaba en los Católicos el crimen de fidelidad, que á los ojos de los traidores es el mayor de los crímenes, como dice Tácito.

La Escocia, á donde dos años antes habia enviado Pio IV al Jesuita Nicolás Gaudan, encargándole de la nunciatura cerca de María Estuart, á quien la pérdida de su primer esposo Francisco II, habia lanzado por segunda vez á este reino, se hallaba á la sazón tan agitada y dividida en fracciones como la Irlanda; pero sus desgracias provenian mas bien de sus mismos habitantes, que de ningun usurpador. Los escoceses, menos dignos de comiseracion que sus vecinos, habian abrazado con ardoroso entusiasmo las nuevas doctrinas; el desórden reinaba en todas partes, tanto en la familia real como en el interior de las poblaciones; así entre las tribus todavía selváticas y feroces, como en las universidades mas instruidas en materias de fe; de manera, que aunque la Reina se hallaba dotada de intenciones rectas y puras, arrastrada por la inconsecuencia de su carácter, no abrigaba en su alma bastante energia para oponerse á los embates violentos de las pasiones de sus vasallos. Llegóse á prohibir el culto público de la religion católica; presbiterianos, episcopales y puritanos, todos daban principio á esas luchas encarnizadas de partido, á las cuales bien pronto debia mezclarse la política; todos se coligaban contra la Iglesia católica, de cuyo gremio no consintió separarse María Estuart; siendo tal vez deudora de su verdadera gloria á esta resolucion, una reina á quien han llegado á inmortalizar sus desgracias y su belleza.

<sup>1</sup> Mas adelante referirémos, apoyados en documentos inéditos, las persecuciones que suscitó á los Católicos la *Reina virgen* de los ingleses.

El papa Pio IV se habia visto precisado á transmitir á María sus saludables consejos en el transcurso del año de 1562. Aguardaban peligros inmensos al comisionado que enviase á aquel país, y el Papa pasó á elegirle entre los individuos de la Compañía. Disfrazóse Gaudan de buhonero, y á favor de este disfraz logra penetrar en Edimburgo, donde se avistó por tres veces, y con el mayor sigilo, con la Reina, cuya piedad estaba encargado de reanimar; descubren, por fin, sus huellas los sectarios, le persiguen por todas partes, y ponen precio á su cabeza. Sabe Gaudan que le espera una muerte inevitable si continúa en el reino; pero se halla encargado de llenar una mision augusta, y este deber basta para que supere sus temores; no consintiendo abandonar aquella region, próxima á ser presa de una guerra civil y desoladora, hasta que María ha escuchado su voz y se ha rendido á unos consejos, que sus voluptuosos desmanes no la permitirán seguir en la hora de las revoluciones. El Jesuita, no habiéndole sido posible la conversion de la edad madura, se ha dirigido á la juventud. Reune varios hijos de las familias mas ilustres de Escocia, y condúcelos á Flandes, con el objeto de hacerlos educar en los principios católicos, á manera de rehenes que entrega á la Iglesia, y que mas adelante regresarán á su patria para difundir en ella la fe.

La Compañía de Jesús luchaba, pues, continuamente y en todas partes en favor de la Religion; pero la Santa Sede no se sentia con bastante valor para sostenerla contra las rivalidades que la suscitaban tan numerosos servicios; y si este Instituto no hubiera sido creado un dia con tales elementos de existencia, que le permitian arrostrar por sí mismo el huracan de las injusticias, acaso una sola hora de ingratitud pontificia hubiera podido hundirle para siempre en el abismo. Se creia demasiado fuerte para no acarrearle formidables aversiones, y se hacia ya demasiado indispensable para permanecer sin experimentar largo tiempo los golpes de una cólera sin motivos.

Á la muerte del cardenal Carpi, protector de la Orden<sup>1</sup>, habian los Jesuitas deliberado entre sí sobre cuál de los miembros del sacro Colegio deberian fijar su eleccion, cuando Pio IV les anunció que en adelante seria él mismo quien llevaria el título de

<sup>1</sup> Todas las Órdenes religiosas tienen en Roma un cardenal por protector.



protector de su Compañía. El concilio de Trento ha decidido que cada obispo tenga un seminario en su diócesis. El Papa quiere dar el ejemplo, y en su consecuencia nombra una comision compuesta de diez cardenales y cuatro prelados, los cuales declaran que debe confiarse el seminario á la Compañía de Jesús.

Estos favores no podian menos de excitar profundos celos, y dar motivo á las mas atroces calumnias y falsos relatos, que hasta entonces solo habian merecido un desdeñoso silencio. En Montepulciano, Nápoles y otras ciudades de Italia, se coligaron los frailes con los partidarios secretos ó declarados de la herejía, y viendo la imposibilidad en que se hallaban de atacar las doctrinas de los Padres, tomaron por blanco de sus diatribas su moralidad y costumbres.

Difícil, á la verdad, le es á un sacerdote el probar su virtud sino con los mismos actos de su vida. Dejar que se dispute acerca de su moralidad, es sinónimo de permitir la sospecha. Y si esto sucede respecto á un eclesiástico en particular, ¿qué deberá suceder cuando se atreve la calumnia á asestar sus tiros contra una Orden entera?

Los crímenes atribuidos á los Jesuitas, así en el confesonario como en sus colegios, no habian hallado eco en el corazon del soberano Pontífice, ni en la corte romana; hasta el mismo Laynez tomaba el asunto con tan poco calor, que ni aun se cuidaba de rebatir, ajeno como estaba, semejantes imposturas. Pero luego que advirtieron los calumniadores que no producía resultado alguno positivo semejante escándalo, se propusieron paralizar el afecto que el Papa profesaba á la Sociedad, pasando á formar del escándalo mismo un asunto de familia.

Advirtiendo que Carlos Borromeo, sobrino de Pio IV, habia pasado de repente de una vida pura á una perfeccion extraordinaria, huyendo del mundo, y entregándose á una austeridad poco comun, explotan los adversarios de la Sociedad este punto de partida para tachar al Cardenal de fanático y loco. Era á la sazón el P. Ribera director espiritual de Carlos, y bastó este motivo para anunciar al Pontífice que su sobrino trataba de hacerse Jesuita, porque la Compañía ambicionaba sus cuantiosos bienes. Pero viendo que Pio IV se resiste á este primer choque, la impostura, que no queria declararse vencida, resucita todas las fábulas de Montepulciano, y personificándolas en un solo individuo, acusa

al P. Juan Bautista Ribera y á todos los colegios jesuíticos del Milanésado de crímenes contra la naturaleza <sup>1</sup>.

Un religioso y un sacerdote sucumben á veces á la violencia de sus funestas inclinaciones, y la historia no puede ocultarlo; pero al publicarlos debe, en favor de la verdad y de la justicia, hacer observar que si peca un individuo, no es verosímil que tenga por cómplice á su instituto entero. Creemos en un delito aislado; pero nos parece absurdo atribuirle á toda una Sociedad en

<sup>1</sup> El jesuita Sachini, uno de los historiadores aprobados de la Compañía, se expresa de este modo en el libro octavo de su obra:

*Domesticorum plerique, per varias artes, vel fictis impudicissimum hominem foedissimis criminationibus, tentarunt dirimere.*

El jansenista Quesnel en su *Historia de los religiosos de la Compañía de Jesús*, dice en la página 40 del tercer tomo:

«Entre los pajes que servian al prelado, habia uno de extremada belleza, por quien concibió el jesuita Ribera una pasion de las mas infames.

«Un dia, prosigue, que se hallaba en Baida el cardenal Borromeo, donde los Padres tenian un colegio, y en la que se habian quejado de que el Jesuita rompía á la juventud, quiso cerciorarse por sí mismo de si tenian algun fundamento semejantes quejas: prevenido, como lo estaba siempre, en favor del prójimo, costábale trabajo creer delaciones tan horrendas; pero las indagaciones que hizo respecto al asunto, y lo que vió por sus propios ojos, solo le dieron el doloroso resultado de quedar convencido hasta la evidencia de unos hechos tan atroces y abominables, que después le obligaron á exclamar diferentes veces: si me fuese posible, quitaria á los Jesuitas cuantos colegios tienen en el universo.» (No se olvide que es jansenista y enemigo mortal de los Jesuitas).

Encierra en sí esta acusacion demasiada gravedad para que dejemos nosotros de dilucidarla... Sin valernos, no obstante, de los testimonios que alegar pudiesen los Jesuitas, puesto que como abogados en causa propia, podrian ser tachados de parcialidad, antes bien nos referirémos á escritores imparciales, y aun desafectos á la Compañía.

Cuatro son los historiadores que han publicado la vida de san Carlos Borromeo, y todos cuatro eran hostiles á la Sociedad de Jesús: el P. Giussano, sacerdote oblató, contemporáneo de san Carlos; Baltasar Oltrocchi, de la misma congregacion de Oblatos; el dominico Touron y el rígido Baillet.

Hé aquí cómo explica el primero lo que pasó en Milan relativamente al P. Ribera:

«Con todo eso, descontentos los parientes y amigos del Cardenal al ver la forma que habia introducido en su palacio, y la austeridad de vida á que se habia entregado bajo la direccion del P. Ribera, concibieron contra este una grande aversion.» *De vita rebusque gestis (Sancti Caroli Borromei, in 4.º Mediolani, 1571)*. Mas adelante añade el mismo historiador:

«La infamia de algunos cortesanos llegó hasta el extremo de acusar á un hombre tan respetable como Ribera de un crimen que no se puede nombrar sin



masa, y aun mas improbable que esta le autorice ó le ponga en práctica.

Hemos profundizado en su origen las acusaciones lanzadas contra los Jesuitas, y no podemos menos de confesar con toda la ingenuidad de que somos susceptibles, que el P. Ribera se halla tan inocente de las infamias que se le imputan, como el mismo san Carlos puede estarlo.

Hemos formado nuestra opinion sobre este punto en la lectura «ofender el pudor; pero, tan tenebrosa maniobra no tuvo resultado alguno, «porque habiendo reconocido el Cardenal la inculpabilidad de su piadoso director y la malicia criminal de sus émulos, le profesó en adelante mayor afecto, «y continuó usando de su ministerio en lo concerniente al bien de su alma, en «tanto que el Jesuita permaneció en Roma.»

En las notas que puso á esta obra el P. Oltrocchi, conservador de la biblioteca Ambrosiana, dice este historiador:

«Hallábase el P. Ribera en Lisboa próximo á embarcarse para la mision de «las Indias, cuando instruido por san Francisco de Borja de la santidad de su «discípulo é hijo espiritual Carlos Borromeo, escribió al piadoso Cardenal con «fecha del 4 de noviembre de 1564, que se regocijaba en extremo de los pro- «gresos que habia hecho en la via del Señor: ahora bien, si Ribera hubiese si- «do culpable, ó solamente sospechado de tal, añade Oltrocchi, ¿hubiera osado «escribir al Cardenal con tanta libertad y con esa familiaridad paternal?»

El P. Touron, de la órden de Predicadores, refiere, en la vida del mismo Santo (in 4.º, edic. de Paris 1761) los motivos que impulsaron á Ribera á separarse de Milan.

«Cuanto se creia ver de excesivo en las piadosas prácticas del jóven Cardenal, «fue atribuido menos al espíritu de Dios y á la gracia, que á la direccion del «P. Ribera, á quien osaron acusar de rigorista, cesando desde entonces de ma- «nifestarle aquel afecto que en otro tiempo le profesaban; y pasando de la frialdad á los insultos trataron de cerrarle todas las puertas por donde podia aproximarse al Cardenal, que no cesaba de honrarle con su confianza. No podia «Carlos ignorar ni menos sentir la bajeza de semejantes calumnias, pero supo «disimularlas con su ordinaria prudencia, y continuó aprovechándose de las «luces del Jesuita, que creia necesitar para su adelanto espiritual.»

Baillet, en la *Vida de los Santos*, se contenta con referir á Dios la santidad de la del cardenal Borromeo y dice: «Dedicó san Carlos una gran parte del tiempo «á instruirse en los deberes inherentes al sacerdocio de Jesucristo; y como agregó á este santo estudio una gran pureza y sinceridad de corazón, recibió de «Dios, mas bien que de sus directores, las luces que le descubrieron innumerables defectos é imperfecciones en sus intenciones mas rectas.»

Existe, como se deja conocer, una gran distancia entre estas versiones y la del autor anónimo de la *Historia de los religiosos de la Compañía de Jesús*. Nosotros los publicamos sin comentario de ninguna especie. La serie de esta obra demostrará por las mismas cartas del Cardenal, cuál fue el afecto que siempre tuvo á los Jesuitas.

de las mismas obras que han hecho del P. Ribera un monstruo de hipocresía y de lujuria; pero le hemos seguido en sus misiones por todos los ángulos de Europa y allende de los mares, y en todas partes le hemos encontrado tan casto como piadoso. Luego es una impostura atroz que se han complacido en propagar los adversarios de la Sociedad, y á la que han pretendido prestar el carácter de verdadera, haciendo al sobrino del Papa su protagonista ó su victima. El pontífice Pio IV, que habia formado grandes esperanzas respecto al Cardenal su sobrino, y temia verle renunciar de un momento á otro á las dignidades eclesiásticas, aunque no dió oídos á semejantes calumnias en un principio, dejó, sin embargo, revelar su enojo contra la Sociedad, después que la creyó capaz de hacer un prosélito del Cardenal.

Layneze se hallaba enfermo á la sazón; pero apenas estuvo restablecido se dirigió al Vaticano, donde expuso al Papa cuanto habia hecho en favor de Carlos Borromeo; añadiendo que siempre le aconsejó que moderase su fervor, el cual, como todas las cosas en sus principios, debia con precision rayar en exceso. Temia el Pontífice el ascendiente que el P. Ribera ejercia sobre su sobrino el arzobispo de Milan, y Layneze para tranquilizar sus alarmas le hace saber que este Padre, que á la sazón se halla en Roma, va á ser enviado á la mision de las Indias. Las pruebas que alegó Layneze fueron tan satisfactorias, que llegando á comprender el Pontífice lo mal que habia obrado en dar asenso á tamañas acusaciones, y deseando hacérselas olvidar á la Sociedad, visitó una por una todas sus casas, confiando en manos de los Jesuitas el cuidado de su nuevo seminario, y dirigiendo el 29 de setiembre de 1564 al emperador Maximiliano, sucesor de Fernando, el siguiente breve que encierra un elogio al par que una reparacion:

«Ha llegado á noticia nuestra que algunos sin respeto al temor «de Dios, ni á su propia conciencia, dejándose alucinar por la «envidia y dominar por la pasion de sus perversas inclinaciones, «han publicado y diseminado en distintos parajes una multitud de «folletos y libelos infamatorios llenos de calumnias é imposturas «contra la Sociedad de Jesús, y en especial contra aquellos individuos mas dignos de nuestra consideracion y aprecio. Nos hemos «desconsolado al ver atacada de ese modo la reputacion, y disminuido el aprecio que se merece una religion que tanto ha contribuido y contribuye en la actualidad al sostenimiento de la fe cató-



«lica, sirviendo con tanto fruto á la Iglesia romana. Hemos sabido  
«tambien que los referidos folletos se han difundido no solamen-  
«te por todo el reino de Italia, sino tambien por Alemania, lle-  
«gando á oídos de V. M., á quien nos ha parecido conveniente  
«advertirlo para que descubra y conozca claramente la verdad.  
«Por nuestra parte hemos encomendado este asunto á varios de  
«nuestros hermanos del sacro Colegio, sugetos de gravedad, or-  
«denándoles que verifiquen una pronta indagacion de cuanto se  
«ha dicho contra la Sociedad en general y contra algunos parti-  
«culares que á la sazón habitan en Roma; quienes después de  
«haber puesto toda diligencia y conato en el desempeño de su  
«mision, y de haber puesto en claro la verdad, nos han asegu-  
«rado, que era falso cuanto se habia propalado y escrito, siendo  
«todo obra de los enemigos declarados de la Compañía, que so-  
«lo se habian propuesto desacreditarla y exponerla al odio y al  
«desprecio de todos.

«Hemos querido advertiroslo, tanto para tributar á la verdad  
«el homenaje que le debemos, como para inculcaros que no pres-  
«teis asenso alguno á esas impudentes falsedades publicadas con-  
«tra la Sociedad, á quien os suplico protejais en un todo como  
«príncipe justo, católico y prudente, y para que conozcais la in-  
«culpabilidad y virtud de sus individuos.»

Todos los escritores enemigos de los Jesuitas, desde Scioppio, mas conocido bajo el seudónimo de Alfonso de Vargas<sup>1</sup>, hasta el jansenista Quesnel, se han complacido en referir las imputaciones con que se ha acriminado la Orden; pero ninguno de ellos ha tenido la buena fe de poner al lado de aquellas la justificacion de la Santa Sede. Esta justificacion recibe tanta mas autoridad del Papa que la ha firmado, en cuanto Pio IV era tío de Carlos Borromeo, y que los enemigos de la Sociedad habian fundado sus mentiras sobre el testimonio apócrifo de su mismo sobrino.

Los profesores de Roma no renuncian, sin embargo, á las hos-

<sup>1</sup> Scioppio en su libro *Relatio ad reges et principes*, publicado en 1641, se contenta con referir estos hechos de una manera dubitativa. Los Jansenistas fueron menos escrupulosos que este escritor. El P. Quesnel y sus colegas se afianzan en su autoridad, para declarar que él, Alfonso de Vargas, habia oido á san Carlos Borromeo acusar en su presencia á los Jesuitas de crímenes horribles. Scioppio, que nació en 1576 tenia ocho años cuando murió el arzobispo de Milan en 1584.

tilidades: no les es ya posible atacar la moralidad de la Orden de los Jesuitas; pero se hace difícil á su amor propio abandonar el nuevo seminario á unos competidores tan peligrosos; y en su consecuencia elevan una protesta al Papa, en que se lee entre otras cosas lo siguiente: «No está ni en el honor ni en el interés de la Iglesia confiar la educacion de los eclesiásticos jóvenes á extran-  
«jeros; las madres que alimentan por sí mismas á sus hijos son  
«mas estimadas de estos, cuya educacion no por eso es menos  
«buena. Roma no carece de personas de un gran mérito, mas ca-  
«paces que los Jesuitas de formar á los jóvenes en la ciencia y en  
«la piedad. La instruccion que estos religiosos dan á sus disci-  
«pulos no es sólida; y á mas de esto privarán al seminario de sus  
«mejores estudiantes para hacerlos entrar en su Compañía.»

Estos argumentos no lograron cambiar los proyectos de Pio IV, que habia propuesto á Laynez que encargase el gobierno de esta casa naciente á los Jesuitas. Los enemigos de la Compañía le habian imputado delitos atroces y monstruosos, y el Papa creyó deber, por medio de un gran acto de confianza, dar á sus hijos y á la educacion que estos proporcionaban, una garantía cuya irrefragable integridad nadie fuese osado á poner en duda. Este fue el último combate, así como el último triunfo de Laynez.

Solo contaba este á la sazón cincuenta y tres años; pero el estudio y la caridad habian consumido su existencia; veia la muerte próxima, y la aguardaba sin temor porque la miraba despojada de sus horrores. Por último, después de una agonía de dos dias enteros, espiró el 19 de enero de 1565, como pareciendo designar con una mirada que lanzó sobre Francisco de Borja, que le asistió en este trance, el sucesor al generalato de su Compañía.

